

La fe perseverante:

El padre de la fe (Primera parte): La fe que obedece

Hebreos 11:8-12

Introducción:

En los versos 4 al 7 estudiamos tres ejemplos que nos dan una clara ilustración del desarrollo o progreso de una vida de fe: Abel representa el inicio de la fe en el creyente, esa fe que adora a Dios no confiada en sus ofrendas u obras, sino en Cristo solamente. Enoc representa al creyente que, luego de recibir la fe como don de la gracia, empieza a caminar con Dios, empieza a conocerlo; y Noé, nos presenta a la fe que, conociendo a Dios, le obedece y produce frutos abundantes para Su gloria, utilizando todos los medios que la gracia nos da para crecer en él.

Desde el verso 8 y hasta el final del capítulo 11 encontraremos muchos ejemplos prácticos que nos precisan diversos matices sobre la vida de fe. Estos ejemplos nos permiten ver la fe desde diversos ángulos, y de manera especial ejemplifican las diferentes pruebas que la fe de los creyentes sufre y los triunfos que la gracia divina le concede alcanzar.

El autor de la carta empieza su listado de héroes de la fe, postdiluvianos con Abraham, quien no solo es el padre biológico de la nación de Israel, a través de Isaac y Jacob, sino que es el padre espiritual de todos los que poseen la verdadera fe perseverante (... *para que fuese padre de todos los creyentes...* Rom. 4:11). Siendo así, entonces nuestro autor sagrado dedica bastante tiempo a hablar de Abraham, ya que todos los creyentes, de todas las épocas, somos considerados hijos de la misma fe que caracterizó a Abraham e hijos de este héroe insigne de la fe: “*Y si vosotros sois de Cristo sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y heredero según la promesa*” (Gál. 3:29). “*Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham*” (Gál. 3:7). Ahora, si Abraham es llamado el padre de los verdaderos creyentes, esto significa que nosotros, todos los que creemos en Cristo, debemos seguir su ejemplo en la vida de fe, imitando lo que la Biblia reconoce en él como loable.

De manera que vamos a enfocarnos en analizar los tres elementos que el autor de la carta a los Hebreos nos presenta en los versos 8 al 12 como aspectos sobresalientes de la fe de este patriarca que fue llamado, a causa de su fe, amigo de Dios. (*Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Stg. 2:23*).

Nuestro autor nos habla de estos tres elementos:

1. La fe que obedece (v. 8)
2. La fe que mira más allá de lo terreno y pasajero (v. 9-10)
3. La fe que alcanza la promesa (v. 11-12)

1. La fe que obedece. *“Por la fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”* (v. 8).

Abraham, así como todos los verdaderos creyentes en toda época y lugar, fue llamado por Dios de manera soberana, conforme a sus propósitos eternos. Este llamado no es aquella invitación general que hace el evangelio donde se exhorta a todos los hombres que procedan al arrepentimiento (*“Pero Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan. Hch. 17:30*), pues, este llamado puede ser resistido y rechazado por muchos. El llamado de Abraham, así como el que reciben todos los verdaderos creyentes, es irresistible, es decir, viene acompañado con el poder regenerador, vivificador y transformador de Dios. La mejor ilustración de esta clase de llamado es la resurrección de Lázaro, quien, luego de cuatro días de muerto, estando posiblemente en los inicios del proceso de descomposición física, fue llamado por Jesús para que saliera de la tumba. Pero Lázaro, en su estado de muerte física, no podía ni tenía la capacidad para responder al llamado del Redentor. No obstante, Lázaro respondió, pero no por una fuerza inherente en él, pues, no tenía ninguna, ya que era solo un muerto en estado de descomposición. Lázaro respondió, porque el llamado de Jesús iba acompañado de un poder regenerador. El poder vivificador del Espíritu Santo penetró las palabras de Jesús en Lázaro y le dio vida para que escuchara y respondiera. Lázaro recibió la vida antes de que pudiera responder, y estando

vivo, ya no quería seguir viviendo dentro del sepulcro, sino que decidió salir para encontrarse con su salvador.

De la misma manera Abraham, como todos los hombres, nació muerto espiritualmente. Él no podía buscar a Dios, ni podía creer en él de manera correcta, ni amarlo, ni servirle, ni obedecerle, porque su estado espiritual era de muerte y putrefacción: *“No hay justo, ni aún uno: no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga la bueno, no hay ni siquiera uno”* (Ro. 3:10-12). La Biblia dice que Abraham pertenecía a una tribu de paganos e idólatras: *“Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río...”* (Josué 24:2-3). Abraham también fue tomado de lo más vil y menospreciado (*Y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es.* 1 Cor. 1:28). Pero desde esa posición de miseria espiritual el Señor lo llamó en su infinita misericordia. ¿Por qué solo lo llama a él? ¿No estaban también en estado de perdición sus parientes y vecinos? Todos eran enemigos de Dios, pero la gracia electiva del Señor solo favoreció a Abraham, su esposa, su sobrino y a algunos de sus siervos. (*Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.* Ro. 9:15). El Dios soberano que se presenta en las Escrituras no llama de manera eficaz a todos los hombres, sino que ama a unos y aborrece a otros. A los que ama no los ama por algo bueno en ellos, sino solo por su electiva misericordia. (*Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama.* Ro. 9:11). Él llamó a Abel, pero abandonó en su maldad a Caín, escogió a Isaac y desechó a Ismael, amó a Jacob y aborreció a Esaú.

El Dios de la gloria se apareció a Abraham y lo llamó para que fuera su siervo. Dios no se apareció a los otros, sino solo a él. (*...el Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia.* Hch. 7:2). El llamado que Dios hace a Abraham lo encontramos en Génesis 12:1-3 *“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación*

grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Este es un llamado que implicaba una gran prueba para la fe. Muchas veces el llamado del evangelio también viene acompañado de grandes pruebas. Abraham acaba de conocer al Soberano Salvador, quien por su sola gracia le da la salvación, y ahora le pide que obedezca su voz, dando pasos de obediencia en una vida de fe.

Abraham debía abandonar su casa, su pueblo, lo que había construido durante casi 70 años. Pero la prueba contenía grandes retos, pues, cuando se tienen 20 o 30 años de edad es fácil salir en busca de aventuras y abandonar el país. No obstante, Abraham, no siendo ya tan joven, debe abandonar la tierra donde forjó sus amistades, sus negocios y donde conoció a su esposa. “¡Qué prueba para la fe era esto! ¡Qué juicio para la carne y para la sangre! Abraham era ya de setenta años de edad, y los viajes largos y la disolución de las amistades no se encomiendan a las personas mayores. Salir de la tierra de su nacimiento, abandonar su casa y bienes, cortar los lazos familiares y dejar atrás a sus seres queridos, abandonar la seguridad presente (este era el parecer de la sabiduría humana) por la incertidumbre del futuro, y salir sin saber para dónde iba, debió haber parecido duro y áspero para el sentimiento natural. ¿Por qué entonces hizo Dios tal demanda? Para probar a Abraham, para dar el golpe mortal a sus corrupciones naturales, para demostrar el poder de Su gracia”¹.

Que este mandato de Dios era una prueba para la fe de Abraham, también se deja ver en que él debía abandonar una ciudad cómoda, donde de seguro él tenía muchas posesiones. Como dice Samuel Pérez Millos, hablando de las ruinas que se encontraron donde antes estaba ubicada la ciudad de Ur: “Las excavaciones efectuadas en el montículo desenterraron, entre otras cosas, las tumbas reales que datan de unos dos mil seiscientos años a. C. Dichas tumbas arrojan luz sobre las costumbres y, sobre todo, sobre la opulencia de la ciudad. No cabe duda que Abraham vivía en un lugar de alto nivel en relación con la

¹ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. The call of Abraham. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_060.htm En: Junio 10 de 2011.

civilización y el mundo de la antigüedad, lo que hace aún más sorprendente el hecho de abandonar el lugar de su residencia, donde tenía su forma de vida y en donde era, posiblemente, un hacendado rico”².

Es importante notar que el autor de la carta quiere resaltar la obediencia de la fe. Abraham es uno de los mejores ejemplos de cómo la verdadera fe no es pasiva ni meramente teórica o emocional. No es algo que básicamente se relacione con el sentir, no es algo en lo cual simplemente se razona, la fe es el poder de Dios para salvación que se apropia de la gracia y conduce al creyente a ser obediente a la palabra de Dios. Cuando hay fe en el corazón, entonces miramos a Dios como el Dios soberano que es misericordioso, sabio, justo y que, cual Padre amoroso, guiará a sus hijos a verdaderas bendiciones. “El camino de la fe da a otros a menudo la impresión de ser imprudente e irreflexivo, pero el que conoce a Dios está contento con ser guiado aun con los ojos vendados, **sin saber** el camino que tiene por delante”³. Abraham mostró con su vida lo que Jesús enseñó a los discípulos cuando les dijo: “*Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él*” (Mr. 10:14-15). Abraham tenía la fe que caracteriza a un pequeño niño, el cual confía totalmente en su padre, y cree todo lo que él le dice. Abraham no era de la clase de teólogos y creyentes “eruditos” que se atreven a cuestionar a Dios y ponen un manto de duda sobre la existencia de un hombre histórico llamado Adán, o sobre una burra que pudo hablar, o sobre una embarcación que sobrevivió a un diluvio universal y en la cual cupo una gran cantidad de animales, o sobre un hombre que vivió durante tres días dentro del cuerpo de un gran pez.

Abraham, como todo verdadero creyente, debió experimentar en carne propia lo que significa morir al mundo, morir a la carne, desprenderse de todo lo que nos amarre con los deseos mundanos. Como dice Arthur Pink: “Las pruebas de la regeneración se encuentran en una auténtica conversión: lo que prueba que se ha nacido de nuevo es la completa ruptura con la vida vieja, tanto interior como exteriormente. Esto es evidente en cualquier

² Pérez, Samuel. Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 634

³ MacDonald, William. Comentario Bíblico (Obra completa). Página 1006

mente renovada, que cuando el alma ha sido favorecida con una manifestación real y personal de Dios, hay un llamado que le impulsa a responder a Él. Es simplemente imposible que la persona renacida deba continuar con su vieja manera de vivir. Un nuevo objeto está delante de él, una nueva relación se ha establecido, nuevos deseos llenan su corazón, y nuevas responsabilidades le reclaman. El momento en el cual un hombre verdaderamente tiene un encuentro con Dios, se da un cambio radical *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Cor. 5:17)⁴.

Abraham debía mostrar con su obediencia que realmente había nacido de nuevo, que tenía la fe que persevera hasta el fin, y, efectivamente, Abraham obedeció. Él tuvo que salir de la comodidad de la tierra que lo vio nacer hacia una tierra que no conocía. Dios le prometió conducirlo a la tierra que sería su herencia, pero Abraham no pudo decirle a sus familiares dónde quedaba ese lugar, pues, no sabía para dónde iba, solo tenía la plena confianza de que Dios lo guiaría al sitio donde él quería que estuviera, y cuando estamos en el sitio donde Dios quiere que estemos, entonces nos encontramos en el mejor lugar del mundo: *“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”* (v. 8). En Génesis hallamos que Dios le promete a Abraham formar de él una nación numerosa, que lo bendeciría abundantemente y a través de él Dios engrandecería Su propio nombre, pues, se revelaría a la posteridad de creyentes que Dios es fiel a su pacto y cumple todas sus promesas.

Las Sagradas Escrituras dicen que Abraham fue justificado porque le creyó a Dios: *“Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia”* (Gén. 15:6). Este creer en Dios se expresó a través de la obediencia, no que Abraham haya sido salvo por obedecer, sino que la fe y la obediencia siempre van de la mano. Como dice F. F. Bruce *“La fe de Abraham fue manifestada, primero que todo, por la prontitud con que dejó su hogar ante el llamado de Dios, confiado en la promesa de un nuevo hogar que nunca había visto antes y que, aun después que entró en él, nunca poseyó en persona... la fe y la obediencia son inseparables*

⁴ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. The call of Abraham. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_060.htm En: Junio 11 de 2011.

en la relación del hombre con Dios”⁵. Su obediencia era la señal de que él realmente confiaba en Dios y en su palabra. Más tarde Dios le confirma esto a su hijo Isaac: “*Por cuando oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes*” (Gén. 26:5).

Abraham no sabía para dónde iba, ni conocía la tierra que recibiría en heredad, de manera que “la promesa de la herencia no fue, en primera instancia, un incentivo para la obediencia; fue la recompensa para su obediencia”⁶. Una de las principales lecciones que debemos aprender del ejemplo de Abraham es que el hombre de fe está atento a la Palabra de Dios, la escucha con solemnidad y con prontitud se dispone a obedecerla. El hombre de fe no quiere dar un solo paso a no ser que la Palabra de Dios le enseñe el camino. Abraham recibió la palabra a través de algunos de los medios usuales en el Antiguo testamento: visiones, voz audible, impresiones, entre otros, pero los creyentes, luego que la Palabra de Dios terminó de confeccionarse en lo que llamamos las Sagradas Escrituras, no esperamos esta clase de manifestaciones sobrenaturales, sino que acudimos diariamente a la palabra profética más segura: “*Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones, entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*” (2 P. 1:19-21). Solo la Palabra de Dios nos puede guiar al lugar donde Dios quiere que estemos, en todos los asuntos de nuestra vida. Todo lo que necesitamos para llegar a la perfección nos ha sido dicho en ellas: “*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*” (2 Tim. 3:16-17). Pero no solo se trata de escuchar la Palabra de Dios, sino de obedecerla, pues, sino hacemos caso a lo que ella nos manda, entonces evidenciamos que no tenemos fe, que no le creemos a Dios, es por eso que Santiago nos exhorta diciendo:

⁵ Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Página 298

⁶ Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Página 299

“Pero sed hacedores de la Palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Stg. 1:22-25).

Aplicaciones:

- Esteban, en Hechos siete, dice que el Dios de la gloria se le apareció a Abraham. Este santo varón no tenía un mero conocimiento intelectual o emocional de Dios, sino que pudo ver Su gloria, y por eso, cuando el Dios de la gloria le pide que sacrifique su comodidad para seguir el camino que la Soberana voluntad trazó para él, no tiene temor en obedecer. “La gloria de Ur, las riquezas, la posición social, eran mucho menores que la gloria de Dios que se le había aparecido. Cualquier cosa que el glorioso Dios le demandara podía asumirlo con fiabilidad porque no había gloria humana que pudiera compararse con Su gloria”⁷. Hermanos, ¿Cuál es la demanda que te hace el evangelio? ¿Cuál es la gloria humana que debes sacrificar? ¿Cuál es la comodidad mundanal que Dios te pide dejar? Recuerda que si amamos a este mundo, entonces no amamos a Dios. Si hay algo en esta tierra que sea más glorioso que Dios para nosotros, entonces no somos dignos del evangelio. No olvides las palabras de Cristo “*El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí*” (Mt. 10:37). “*El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí*” (Mt. 10:38). “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*” (Mt. 16:24). Confía en Cristo, en su Palabra, en sus promesas de salvación, cree lo que él promete, y sigue fielmente sus pisadas. Si él te pide que abandones el amor de tu madre, porque ella te prohíbe seguir el evangelio, entonces debes dejarlo, sabiendo que Dios te será como una madre y como un padre.
- ¿Quieres hacer grandes cosas para el reino de Cristo? Recuerda que “la fe activa, la que hace hazañas por Dios, es siempre una cuestión de simple obediencia, y Dios es quien toma

⁷ Pérez, Samuel. Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 634-635

la iniciativa. Pero la fe debe ser suficientemente fuerte para obedecer aunque Dios nos mantenga en la oscuridad acerca de algunos detalles que nos gustaría conocer. Algunas personas nunca realizan nada para Dios porque no obedecen dando un paso a la vez; quieren demasiada información adelantada. Quieren eliminar de la obediencia todo misterio, incertidumbre y aparente riesgo. Pero esto significaría la eliminación de la misma fe⁸. Los hombres que hicieron grandes cosas para Dios solo confiaron en Su Palabra y la obedecieron, de esa manera el Señor los bendijo y los usó poderosamente para Su gloria.

- ¿Has conocido al Rey de la gloria? ¿Has tenido una visión de la gloria de Dios? ¿Dios se ha convertido en una realidad para tu alma? ¿Has tenido un encuentro con la Majestad divina al punto que no te ha quedado otra opción sino el humillarte ante él y obedecerle? Recuerda que si no tienes fe real y obediente en el Dios de gracia, entonces él será para ti el Dios de juicio, justicia e ira. Escucha la exhortación que te hace el Espíritu Santo hoy *“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”* (Is. 55:6-7).

⁸ Taylor, Richard. Comentario bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Página 145